

V A R I A

EL PUEBLO ESPAÑOL Y SU DESTINO, por don Antonio Almagro.—*Ensayo y guiones para una enseñanza popular*.—Madrid, 1952 (Delegación Nacional del Frente de Juventudes).

Hace años que don Rafael Altamira, catedrático de la Universidad de Madrid, en el discurso preliminar a la Historia Universal de Oncken, se preguntaba: ¿Existe un plan, consciente o inconsciente, propio o impuesto por un poder ajeno y superior, en la historia humana? ¿Hay para ella una meta, dentro de lo humano y terrestre, hacia la cual se dirige y que interiormente explica los movimientos de los pueblos? ¿O nos movemos por azar, impulsados tan sólo en cada instante, empíricamente, por el anhelo elemental de satisfacer las necesidades básicas de nuestra naturaleza física y los apetitos irreductibles de nuestro espíritu en sus condiciones y pasiones fundamentales?

La contestación a estas preguntas es, nada menos, que la razón de ser de la Filosofía de la Historia, porque la Historia comprende muchos hechos sucesivos y simultáneos, eslabonados y dispersos, de todas y cada una de las manifestaciones de la vida, en el más amplio sentido de la palabra vida, fuertemente influidos por circunstancias de lugar y tiempo. Indagar su nacimiento, desenvolvimiento y finalidad (los hechos no mueren: se olvidan o se desconocen, pero ahí están, aun cuando permanezcan ocultos y nunca salgan a la luz del día), bien globalmente o bien particularizando en determinada esfera, equivale a descubrir el misterio de la historia, a retratar el

espíritu de lo material y a elevarse hasta penetrar los designios del Sumo Poder: de Dios.

La labor asusta, por lo ardua y por lo imposible. Pero, sin embargo, de la reiteración de los hechos en un limitado campo, de su encadenamiento lógico, de su terquedad en prevalecer con igual fisonomía, a pesar del tiempo puede llegarse a ciertas conclusiones que reúnan garantías de certeza y de verdad, dentro de la relatividad de nuestro mundo. Conclusiones tal vez distintas según los intérpretes, pero que a su vez se afirman por la coincidencia en alguna o algunas, de los mejores, los más dotados, los más sabios e incluso de los más (siempre dentro del grupo selecto: nunca el más en sentido de masa). Entonces la conclusión adquiere visos de veracidad y puede y debe aceptarse: lleva la garantía jurídica de los hechos probados.

No debe tampoco desdeñarse el elemento subjetivo, el *sujeto intérprete*, y esperar que todos los iniciados o preparados puedan levantar el velo. No: el medio ambiente, la educación, la sangre y el sol, la luz y el aire, crean una sensibilidad apropiada para entender lo más similar, lo que nos es más afín, por mucho saber y valer que tenga quien nace, estudia y se forma en otro clima y bajo otra luna. Por eso me parece indiscutible que cuando se trata del pueblo español, del destino del pueblo español, tiene que ser un español el intérprete más adecuado.

Almagro es español y además médico, pensador y filósofo. Conoce el cuerpo, emplea el alma y posee el espíritu preciso para percibir mediante el estudio ese algo inmaterial que es el destino, su destino, el destino nuestro, de la colectividad española, engarzando hechos y opiniones múltiples, acordes, autorizadas, sobre estos mismos hechos que narra. No oculta la interpretación de extraños: por el contrario, la refuta y, a mi modo de ver, brillantemente, con prueba rotunda, que en el peor caso destaca con igual relieve que la interpretación extranjera y demuestra que al mismo nivel existe la opinión contraria, tan verosímil como la otra.

Y esto no es sólo algo: es un mucho. El convencido, asiente; el adversario de buena fe, compara y deduce y tal vez cambia de opinión; el ignorante, aprende; el indiferente, se interesa; el terco, tenazmente buscará nuevos hechos o nuevos argumentos, pero sin desdeñar los contrarios que le han sido ofrecidos; el sabio presuntuoso o el necio de mala fe, quedarán petrificados en una quietud de muerte;

precursora del olvido o del embate de elementos destructores. El orgullo y la mala fe son incompatibles con la pura filosofía.

Previo un autógrafo de Fray Justo Pérez de Urbel, laudatorio («la historia en tus manos es lo que debe ser, semilla y antorcha»), se esbozan las constantes históricas del pueblo español, esquemáticamente en la Introducción, pero con detalle en la exposición del modo de ser español, en la oposición entre España y Europa y en el concepto de la hispanidad (en las Edades Antigua, Media y Moderna), desarrolladas en una lección preliminar y en otras seis posteriores, todas con notas o citas complementarias.

El modo de ser español consiste en un tenaz y delicado sentimiento de la dignidad de cada hombre y de su superioridad sobre la naturaleza entera...; la pasión de la eternidad y la instintiva dignidad de la personalidad española es la esencia de la manera de ser hispánica. Esta manera de ser es la constante de nuestro pueblo.

España se diferencia esencialmente de Europa. El pueblo ibero absorbe y domina finalmente a la bárbara minoría racista (la ríada invasora germánica y asiática), mientras más allá de los Pirineos las reiteradas y cada vez más numerosas invasiones acaban por imponer plenamente el germanismo a sus poblaciones, exterminando o reduciendo a servidumbre a los primitivos pobladores romanizados. Más tarde, la invasión musulmana obliga a los españoles a dar frente al Sur, volviendo la espalda al resto de Europa durante cerca de ocho siglos, precisamente para protegerla y salvarla.

Por último, entre las formas de vida y de cultura, los modos tradicionales de ser de Oriente y Occidente, se dibuja un tercer mundo cultural, otra manera original de enfrentarse a la existencia: la amplia y delimitadora concepción de la Hispanidad.

En apoyo de estas tesis, desfilan las máximas autoridades del pensar, los mejores historiadores y los filósofos más profundos, antiguos y modernos. Las citas son constantes y las notas histórico-críticas cuelgan, arracimadas, de las páginas. Unase a lo expuesto la afirmación isidoriana de la decadencia de España si abandona la fe católica, perenne e inmutable, y nuestro concepto de la dignidad humana, nuestro individualismo, nuestra subordinación de lo material a lo espiritual, nuestra idea de la libertad y de la soledad (porque todo lo grande que España acometió y llevó a remate feliz, España lo hizo sola, según Manuel Penella de Silva), engarzado todo con nuestra conciencia católica, intransigente acaso, pero que nos es

peculiar y tendremos una ligera perspectiva del profundo análisis realizado por Almagro. Item: más. El librito, según se lee en la contraportada, no se vende. De ser cierto, convendría una mejor y mayor difusión, si no en un sentido de negocio material, sí en el más elevado de negocio espiritual, pues el bien hay que repartirlo cuando el mal está al alcance de todos.

En suma, una magnífica lección de historia por quien no es historiador profesional, sino tan sólo un español.

PEDRO CABELLO

Registrador de la Propiedad